

El señor Boet contestó tan solo á los cargos que se le habían dirigido con lo que afirmara sobre la retirada del Norte, y por sus antecedentes en el ejército regular. Sostuvo medio en serio y medio irónicamente que con unos batallones aragoneses que mandaba había cubierto la huida de don Carlos al fin de la guerra; y aunque reconoció que en Cuba fué procesado, (1) negó que fuese por defraudaciones, ni cuestion alguna de fondos, y dijo que fué absuelto, y puesto de nuevo en activo servicio con una columna más numerosa. Los diarios liberales no entraron en esta polémica, dejando que ambas partes se echaran la ropa sucia á la cara, pues como los dos eran carlistas todo redundaba en beneficio de la libertad.

Pero los diarios españoles hicieron observar á los carlistas que la fama de don Carlos había sido siempre muy turbia; y que si Boet era un malvado al salir de las filas del ejército regular, no debían admitirlo en las suyas, ya que se daban por el partido más honrado de España. La polémica cesó por haber dicho el señor Boet en su réplica que teniendo ya la palabra los tribunales, él no la tomaría más. Sin embargo, la prensa carlista y legitimista continuó hostilizándolo de firme.

IV.

Avisada la Audiencia de Roma de la presencia de Boet en esta ciudad, y de sus deseos de hacer declaraciones, nombró un juez que se las tomara, y Boet compareció ante él, y declaró: que don Carlos no había sido robado, sino que había fingido el robo; que el motivo era la necesidad de dinero para atender á sus calaveradas, sin exasperar á su familia, que estaba indignada ya de sus excesivos gastos; que una de las circunstancias que más le movieron á hacer aquella comedia era haber contraído relaciones en Viena con una cantante de Pesth, á la cual hizo baronesa de Samoggy, y había prometido llevarla á París é instalarla con 24,000 francos al año, sin los regalos; y que desde Viena á París había viajado siempre con ella, al regresar de la guerra de Oriente.

(1) Véase su biografía al fin de la obra.

Añadió que don Carlos le había consultado la idea del robo fingido, que él reprobó terminante y enérgicamente; que había hecho la comedia de dicho robo con la cooperacion de la baronesa y Lorenzo Arbulu; que la combinacion que había urdido era la siguiente: en Venecia hacer adelantar al suyo el viaje de la baronesa á Milan con objeto de que llegase como una persona estraña á la comitiva, tomase un aposento diferente del que él tomaría para sí y su comitiva; permaneciese allí sin darse por entendida de nada, y una vez declarado el robo, partiese para Turin tambien sola. De este modo mientras don Carlos denunciaria la falta de la alhaja, la Samoggy pondría guardarla sin infundir sospechas; y aunque se hiciese un registro en los equipajes de la comitiva, no se hallaría nada.

Dijo Boet que la baronesa cumplió las órdenes de don Carlos, y en Venecia se separó de él para ir sola á Milan; pero que cuando el Pretendiente quiso hacer la comedia, y le encomendó la custodia del Toison, ella se resistió enérgicamente y hubo entre ambos una escena violenta en el aposento de ella; y que si al fin la obligó á ayudarle, fué amenazándola con echarla en seguida á la calle. A fin de que el robo fingido fuese más difícil de descubrirse, don Carlos mandó á Lorenzo que dijese siempre que desde Gratz hasta Milan no había abierto nunca la cartera de viaje donde llevaba la joya; y que imaginando que contenía el Toison por el peso del bulto, nada había sospechado antes. Así calculaba que la justicia ante la declaracion de un robo tan oscuro y difícil de localizar, se olvidaría de hacer activas diligencias que le comprometiesen.

Continuando Boet sus declaraciones dijo que no queriendo mezclarse en este asunto, había advertido al Pretendiente que no declararía en la causa que resultase, pues si le llamaban, daría unas contestaciones que no le gustarian; y que por esto don Carlos procuró que ni la policía, ni el juez de Milan le citasen é hiciesen comparecer: pero que despues se vió envuelto en la causa, porque como el Pretendiente no quiso que la baronesa fuese á Turin con el Toison en su poder, ni se atrevió á guardarlo en sus habitaciones, se lo entregó á él, y despues le encomendó que lo desmontara y vendiera, lo cual se vió obligado á hacer á pesar suyo, porque don Carlos le debía

unos 18,000 francos de honorarios, que nunca le pagaba, y se convino en que se los cobrase de la suma que sacaría del Toison.

Para proceder á la venta, añadió Boet, el Pretendiente debía ante todo hacer sobreseer en la causa de Milan, y enviarle unos billetitos escritos de su puño con estas contraseñas: *ten as sin capucha*; pues don Carlos llamaba *as de oros* al Toison. Si le escribía *no tengas as* debía suspender la venta. Estas contraseñas habían sido necesarias, porque al regresar á París, Boet se fué á Bayona, y por orden de don Carlos se llevó el Toison desmontado, con el objeto de preparar lo necesario para enviar á Madrid una persona de confianza que lo vendiera.

Prosiguió Boet que como su familia debía mucho dinero en Bayona, y al partir él para esta ciudad, don Carlos no pudo darle dinero, se acordó que si no le enviaba pronto una cantidad para entretener á los acreedores y hacer el viaje á Madrid, vendiese algunos diamantes, y los emplease en estas cosas.

No habiendo recibido dinero ni cartas de don Carlos, vendió algunos diamantes por medio de su esposa; y al fin hallándose escondido en los contornos de Tolosa, recibió de don Carlos las contraseñas para que procediese á la venta del Toison. Pero como él contestase al Pretendiente que le parecía mas natural que la venta se hiciese en Londres, este le envió otras contraseñas, insistiendo en que lo hiciese en Madrid.

Sucedió entonces que los diarios de Bayona empezaron á dar publicidad á la venta de los diamantes, con maliciosas suposiciones contra él; y tanto por esto, como por otros motivos, pidió instrucciones á don Carlos sobre lo que había de hacer, rogándole que observase que los rumores de aquellos diarios le comprometían en extremo. El Pretendiente no le contestó.

Algunos dias despues doña Margarita por medio de su secretario Esparza, le envió á un antiguo ayudante suyo del centro, Francisco Retamero, que hacia de farmacéutico en Tours, con objeto de saber si tenía los diamantes del Toison; y Boet dijo al juez que teniendo ciega confianza en este Retamero, le contó cuanto había ocurrido, y le pidió que se encargase de llevar dos cartas suyas á don Carlos, una

larga, donde le hablaba de cosas generales, y otra corta que se refería al Toison; las copiase antes de entregarlas, y luego le enviase las copias junto con una detallada relacion de lo que hubiese hecho y dicho don Carlos al leerlas. Esto pasó el 4 de Marzo.

Segun Boet, Retamero cumplió el encargo, y don Carlos leyó con mucha atencion la carta mas corta, y contestó que estaba bien. Pero habiéndole exigido poco despues don Carlos que devolviese los diamantes, le envió el 10 de Marzo los de menor valor por conducto del mismo Retamero, y dijo á éste que si le preguntaba por el resto, contestase lo que quisiese, aunque fuese que los tenía empeñados. La conducta de don Carlos parecía sospechosa á Boet, quien empezaba á temer de éste una mala partida con el objeto de que no se descubriese que había simulado un robo para vender la alhaja á escondidas.

Entonces formó el pensamiento de denunciar el hecho á las autoridades judiciales francesas; pero habiendo sabido que habían sido arrestadas su esposa y suegra, se contuvo; aplazó para mas adelante justificarse y vengarse, y negoció con don Carlos una transaccion, ofreciendo devolver los demás diamantes, si las señoras arrestadas recobraban la libertad. Encargáronse de estas diligencias el marqués de Alex y el sacerdote Erdavide, pero habiéndose puesto don Carlos de mala fé, los cansó de tal modo, que le devolvieron los diamantes sin condiciones, á fin de que Boet rompiese de una vez con él, de un modo directo. Así lo hizo; por cuya razon se había presentado en Roma, poniéndose á disposicion de la justicia.

El señor Boet entregó al juez las contraseñas que había recibido de don Carlos para que vendiese el Toison, y las indicaciones escritas de que lo hiciese en Madrid; entregó algunos borradores de cartas suyas; presentó una memoria de acusacion contra don Carlos: pero no entregó documentos, ni pruebas directas.

El juez, no creyó el relato, y solo tomaba interés en preguntarle cómo pensaba probar tal cosa y tal otra. Sospechó Boet y se reservó ciertos datos, y contestó enérgicamente al juez que si le importaba conocer su plan, á él le importaba más callárselo.

Pero como un dia el juez se negase á consignar en las declaraciones un hecho muy desfavorable á

don Carlos, el señor Boet y él tuvieron un violentísimo altercado, en el cual estuvieron á punto de llegar á las manos. Estos fueron los primeros indicios de parcialidad que se han observado en la magistratura italiana sobre esta causa. Boet comprendió en seguida la gravedad de aquellos síntomas, y desde el primer momento vigiló á los curiales que intervenían en la causa, y no se fió de nadie, ni salió de una estricta reserva.

La publicación del *Manifiesto* y la altiva conducta de Boet en Roma causaron honda pena en los altos círculos clericales de Francia é Italia; y conociéndose la imprudencia de entablar una lucha de tal naturaleza con un hombre que poseía todos los secretos del partido reaccionario de Europa, se imaginó una transacción.

Encargó don Carlos al prior de un convento de Roma, que negociase una transacción y un día fué el prior á la posada de Boet, manifestándole cuanto habían sentido las personas juiciosas el rompimiento que había ocurrido; cuanto dañaba á la causa del orden y de la moralidad el escándalo que se estaba dando en presencia de los liberales; cuanto se regocijaban estos de ver al que poco antes dirigía al partido carlista, difamando y vilipendiando á don Carlos, y acabó proponiéndole que aceptase una cantidad y se retirase á América, dejando suspenso cuanto empezara en la causa del Toison. El señor Boet contestó que era tarde para entrar en negociaciones, porque ya no podían resolver la contienda sino los tribunales.

Enviadas rogatorias á Francia para interrogar á don Carlos en París, donde vivía, éste declaró ser escandalosamente falso cuanto Boet decía para justificarse, pues el robo era cierto en absoluto; sostuvo que Boet había cometido este crimen, y lo apoyó con los siguientes datos: Dijo que empezó á sospechar de Boet, no solo él, sino Arbulu y Suelves, que lo acompañaban, al ver que evitaba hablar del robo, y que hacía recaer la culpa, ya en una persona, ya en otra, como en algun camarero, ó en algun conductor de tren; que al llegar á París se hizo más sospechoso por la prisa con que quiso marcharse á Bayona, y que entonces se encargó á una agencia particular de policía que hay en París que le siguiera á Bayona y

vigilara si vendía diamantes; que por esta agencia se supo las ventas que la señora Boet hizo, y el género de los diamantes; y que no dudando ya de la culpabilidad de Boet, lo denunció al juez de Milan.

Añadió que Boet, al verse descubierto, se ocultó en casa del marqués de Alex, de modo que nadie en Passy sabía su paradero; y que desde su escondite empezó á enviarle personas que pidieran perdón á don Carlos, y le devolvieran los diamantes; que se los devolvió en dos partidas, por haber empeñado los más valiosos en algunos miles de francos; que era falso que le enviara las dos cartas del 4 de Marzo, pues tan solo le envió una donde no se hablaba del Toison; que presenciaron las negociaciones de los mensajeros de Boet varias personas, como Esparza, secretario de doña Margarita; Suelves, Arbulu y otros; quienes podían responder de que el marqués de Alex y el presbítero Erdavide pidieron clemencia de parte de Boet; que era falso que Erdavide y Alex le hubiesen entregado el último paquete de diamantes con un sobre donde constase que él se los había dado á Boet en Milan; y que no quería ocuparse en lo que Boet decía de la baronesa por ser un chisme indecente.

Negó que jamás hubiese llamado *As de oros* al Toison; rechazó lo de las contraseñas; sostuvo que tenía cuanto dinero necesitaba; declaró que nada debía á Boet, por cuanto este no disfrutaba de sueldo; excusóse de no haberle hecho declarar al denunciar el robo á la policía; dijo que podía probar cuanto declaraba por medio de numerosos testigos, y presentó algunas cartas, telégramas y otros documentos, aunque en corto número. Poco despues pidió ser parte civil en la causa, lo cual le fué concedido, y nombró defensores suyos al señor Brasca y al señor Dugnani de Milan, el primero individuo del partido clerical italiano, y el segundo del moderado. Hizo el depósito de dinero que el tribunal le pidió, y se dispuso á sostener contra Boet una lucha encarnizada.

Las declaraciones de éste habían sido enviadas á Milan, cuya Audiencia nombró juez instructor al señor Prampolini; y Boet se había instalado en esta ciudad, nombrando abogados suyos á los señores Guastala y Campi, individuos del partido moderado. Despues de tomarle el señor Prampolini nueva de-

claración, manifestóle éste que no hallando motivo para arrestarle, le dejaba en libertad de volverse á Bayona ó de ir á donde quisiera. Pero el señor Boet le contestó que consideraba indispensable su permanencia en Milan, y que no saldría de esta ciudad hasta terminada la causa, aunque durara cincuenta años. Avisóle de que para no llamar la atención tomaría el nombre de Fuentes, y le dió las señas de su domicilio.

V.

Viendo los legitimistas franceses la firmeza con que Boet había rechazado la transacción que le ofrecieron por medio del fraile de Roma, conocieron que la lucha sería enconadísima, y que deberían servirse de todos los medios imaginables para vencer. Como á fin de no apoyarse en una base falsa, necesitaban averiguar lo que positivamente había pasado en la historia del Toison, encerraron á don Carlos entre cuatro paredes y allí le hicieron declarar la verdad, manifestándole que necesitaban saberlo para dirigir bien su defensa, pues siendo la causa de su partido solidaria con la de él, le apoyarían, tanto si había fingido el robo, como si lo había cometido Boet.

Entonces don Carlos confesó que había hecho una farsa, y los legitimistas le dieron en seguida algunos consejos para que no se comprometiese más, y tomaron grandes disposiciones para dar al proceso el giro que les convenía. Ante todo reconocieron la importancia de tener asegurada á la baronesa de Samoggy; y con este objeto recomendaron mucho al Pretendiente que no la abandonase por nada del mundo mientras durase la causa, pues de lo contrario correría peligro de que esta señora cayese en manos de sus enemigos, quienes procurarían seducirla para que declarase la verdad.

Los legitimistas estaban sumamente espantados, porque sabiendo que el señor Boet carecía de fortuna y estaba lleno de deudas, creían que se había puesto bajo la protección del gobierno español, quien viendo el partido que podría sacar de la causa en beneficio de la dinastía alfoncina, daría la mano á Boet para aplastar á don Carlos. Entonces la lucha sería, no entre Boet y don Carlos, sino entre el gobierno espa-

ñol alfoncino y el Pretendiente; y como el gobierno italiano era desfavorable á éste y amigo del partido de Alfonso de Borbon, las ventajas resultarían en favor de Boet.

Sabiase ya que éste se había presentado en Roma, en vez de ir directamente á Milan, con el objeto de solicitar algun apoyo del ministro plenipotenciario de España, y se susurraba que había traído recomendaciones de la embajada de París, y que había impreso su *manifiesto* con dinero de fondos oficiales. El conde de Coello, ministro de España en Roma, tenía por secretario particular á un caballero que había figurado en el partido carlista; y aunque el secretario no descubrió ningun secreto, dijo sin rebozo á algunos carlistas muchas cosas del asunto Boet, que trasladadas por éstos á Passy, acabaron de espantar á los legitimistas.

Don Carlos creyó tambien que Boet había hallado una amplia y generosa protección en el gobierno español, y siguió los consejos de los legitimistas sobre no abandonar á la Samoggy, para que los emisarios de don Alfonso no se apoderaran de ella.

Entre tanto los legitimistas buscaron un agente de toda confianza y de mucho talento, á fin de que fuese á Italia como agente de don Carlos y preparase las cosas para que el Pretendiente ganase la causa. Escogieron al conde de Bourgade, que aceptó el encargo, y se trasladó á Italia sin perder tiempo.

Desde aquel momento empiezan una serie de trabajos ocultos, de los cuales no ha podido descubrirse más que una parte, pues solo el mismo Bourgade los conoce completamente.

De lo sabido se desprende que el conde de Bourgade se propuso conocer las declaraciones é intenciones de Boet, para minarle la posición, y echar á perder todo su plan de defensa; quitar á la causa todo carácter político, y reducirla á una cuestión vulgar entre un ladrón y un robado; seducir á los magistrados que interviniesen, y atraerlos á la parte de don Carlos, con el objeto de que Boet antes de llegar á la presencia del Jurado sucumbiese bajo el peso de la opinión oficial. Bourgade no veía salvación sino de este modo, porque á medida que se informaba de la cuestión, juzgaba imprudentísimo que don Carlos hubiese entablado esta lucha.

Por su desgracia, el Pretendiente lo veía de otro modo, y no solo decía que haría poner un grillete á Boet, sino que hacía atacar á los tribunales italianos por los diarios legitimistas. Los partidarios del conde de Chambord eran al principio más reservados; pero así que supieron que Bourgade cumplía con éxito su misión, se dejaron llevar de las mismas ilusiones de don Carlos, creyendo seguro el éxito. Bourgade combatió enérgicamente estas esperanzas, diciendo que era tan difícil vencer, que casi debía dudarse de alcanzarlo.

Sin embargo, el conde de Bourgade había logrado lo necesario para sacar del apuro á don Carlos, pues parece que en Roma supo todo lo que había declarado Boet al juez de esta ciudad.

Las noticias son más precisas con respecto á Milan. El conde de Bourgade halló medio de conseguir que le enseñasen los autos siempre que le convenía. Esto fué para don Carlos una inmensa ventaja; pero al mismo tiempo un mal paso que demostraba su culpabilidad.

Dueño Bourgade de la mayor parte de los secretos de Boet, y conociendo casi todo su plan de defensa, proponía á los que en París aconsejaban á don Carlos lo que debía hacerse para que éste saliese bien del lance en que se hallaba.

Parece que una de las barreras más formidables que Bourgade halló contra don Carlos fué la declaración de Retamero y los documentos en que éste le apoyaba. Era tan contundente y terrible aquella confesión, era tan decisiva la carta pequeña del 4 de Marzo que Retamero entregó á don Carlos, y de la que presentó copia al tribunal, que no se podía condenar á Boet. Mientras Retamero estuviese en pié, la derrota del Pretendiente era casi segura. Urgía, pues, corromper también á Retamero, como ya se había corrompido á los que enseñaron los autos. No se sabe si Bourgade insistió mucho en esto, aunque es de suponer que sí, porque era quien conocía mejor toda la importancia del testigo. Parece que las negociaciones no fueron largas, y que Retamero se vendió apenas le presentaron un plan de retractación que le pareció racional. Este plan lo forjaron los legitimistas de París que dirigían á don Carlos. Retamero entregó toda la correspondencia que tenía de

Boet, y se avino no solo á negar lo que hasta entonces afirmara, sino también á atacar directamente la moralidad de su antiguo general.

Cuando los carlistas tuvieron en su poder aquellas retractaciones, y sobre todo las cartas de Boet á Retamero, sintieron una inmensa alegría, porque eran tan íntimas estas cartas, estaban tan llenas de confidencias, había tantos trozos que se prestaban á un doble sentido, que con un poco de habilidad cualquiera podía dejar al acusado en la situación más crítica y peligrosa. Don Carlos y su camarilla dieron entonces la causa por ganada, y lo mismo pensaron los legitimistas.

Con aquella defección, Boet, que antes no tenía sino tres testigos favorables para el período de las negociaciones sobre devolución de diamantes, acababa de perder el más importante, y estaba expuesto á ser víctima de las cartas que había escrito á aquel testigo, fiado en la integridad que le atribuía.

VI.

Confiado en la integridad de los magistrados que instruían la causa, Boet estaba tranquilo, esperando el día del jurado. Aunque conociese la presencia del conde de Bourgade en Milan, como agente de don Carlos, no la temía, pues estaba tan seguro de vencer que no se preocupaba de sus intrigas.

Un rudo golpe le despertó. Retamero en persona le escribió que iba á hacer una contra declaración y á ponerse en favor de don Carlos. La carta era de su propio puño, y no ofrecía dudas. Boet comprendió que habían comprado este testigo, y vió en seguida toda la importancia de la traición. Apresúrose á presentar al juzgado la carta que había recibido, acompañándola de algunas declaraciones aclaratorias. Como compensación le salió un auxiliar bien inesperado y de una eficacia superior á la del mismo Retamero. Una persona extraña al proceso estaba coleccionando los papeles secretos que habían de poner en claro las corrupciones de que se había servido don Carlos, por medio del conde de Bourgade. Hé aquí la manera providencial como se recogieron estos papeles:

Hallándose un caballero italiano un día en casa del conde á quien había ido á hacer una visita, salió

una criada á recibirlo con el cesto de los papeles rotos del escritorio del conde; y vaciándolo todo en un montón de basura, le dijo que aguardase un poco, porque acababan de barrer el despacho, y estaba todavía lleno de polvo.

Ocurriósele entonces al jóven una idea: pensó que quizá entre aquellos trozos de papel habría algunos de interés, y apenas la criada volvió al estudio, dejándole solo, se bajó, y se llenó todos los bolsillos de aquellos retazos. Entró después, hizo una breve visita al conde, y se apresuró á retirarse, impaciente de llegar á su casa para ver lo que se había llevado.

Apenas desarrugó algunos papeles dió un grito de alegría, pues vió que casi todos estaban escritos del propio puño de Bourgade, y eran minutas de cartas ó notas sobre la causa del Toison. El suceso parecía providencial. Púsose el jóven á buscar las correspondencias de unos trozos con otros, y tuvo la suerte de hallar un gran número, y de reconstruir casi treinta y tantas piezas, algunas completas y otras incompletas. El trabajo era penosísimo y abrumador, y requería una paciencia y tenacidad ejemplares. A medida que reconstruía, unía los pedazos por medio de encerados engomados que los permitían leer por delante y detrás, pues casi todos los deshechos estaban escritos de ambos lados.

Aquellos papeles demostraban que el conde de Bourgade escribía borradores, luego los copiaba, sacaba de esta copia las cartas ó notas, y rompía los primeros borradores en vez de quemarlos. Había documento del cual se hallaron hasta tres borradores con variantes de forma, y con el mismo fondo. Se conocía que el conde se las echaba de escritor.

La colección de estos papeles comprendía cierto número de sobres de cartas dirigidas al conde de Bourgade desde París y Roma á Milan, con los sellos y las marcas del correo, que establecían la fecha; algunos papeles y tarjetas de Bourgade con notas de éste para el abogado Brasca, ó con otras luminosas indicaciones; una colección de cartas de Bourgade al comité legitimista de París sobre el Toison, y otra pequeña á Esparza, secretario de doña Margarita.

El caballero italiano quedó asombrado de los descubrimientos que aquellos papeles comprendían, y

puso el caso en conocimiento de un amigo de Boet, á quien entregó su precioso hallazgo.

VII.

Había el señor Boet observado durante el sumario que se estaba haciendo, que cada vez que hablaba de la baronesa de Samoggy, el juez se hacía el desentendido. En vano se cansaba entonces diciéndole que convenía buscar á esta jóven, por ser una de las llaves de la causa; en vano le contaba por centésima vez toda la historia de las relaciones de ella con don Carlos, y las particularidades del viaje de Venecia á Milan. El juez continuaba diciéndole que *bien, que ya se buscaría*; y cuando Boet volvía uno ó dos meses después, á preguntar por lo que se había hecho con respecto á la Samoggy, se encontraba con que todavía no se habían tomado la molestia de buscarla.

El testimonio de la Samoggy era de una necesidad absoluta, porque debía fijar de un modo preciso el curso de la causa. Una vez que Boet declaraba que el Pretendiente había fingido el robo enviando la Samoggy á Milan un día antes de ir él, y haciéndola partir de aquí para Turin con alguna anticipación; que en Venecia y Turin ella y don Carlos vivieron juntos, y en Milan aparentaron vivir separados, convenía en gran manera averiguar estos extremos, y saber el motivo de ellos, porque podían dar mucha luz á la justicia. Si se hacía tan solo declarar al personal de las fondas donde se hospedaron, se averiguaría el hecho en sí mismo, sin traslucirse el motivo; al paso que si se preguntaba á don Carlos, á Lorenzo, á Suelves y sobre todo á la misma Samoggy, éstos podrían negar el hecho, atenuarlo ó explicarlo de otro modo; pero entonces se podría comparar la explicación de Boet con la de los demás y formar concepto de ella.

A pesar de todo, no se buscó á la baronesa, lo cual desbarató todo el plan de defensa del señor Boet y no le dejó presentar los papeles secretos.

No fué esta sola la anomalía que hubo de sufrir Boet durante el sumario de la causa. De repente empezaron á faltarle cartas en el correo, y temeroso de alguna otra emboscada de los agentes de don Carlos, buscó un medio de sustraer la correspondencia á la

vigilancia de éstos. Un caballero, muy conocido en Milan, le había presentado, bajo el nombre de Fuentes, á una profesora de piano llamada Adela Gigola, en cuya casa se daban conciertos á veces ó había tertulias de entretenimiento musical, y el señor Boet asistía de tarde en tarde á estas reuniones, para pasar un rato distraído.

Como apenas conocía á nadie, imaginó servirse de esta señora para recibir su correspondencia. Convino en que la correspondencia de Boet llevaría un doble sobre, el exterior dirigido á la señora, y el interior á Fuentes; y desde aquel momento no le faltaron más cartas al señor Boet. En Setiembre del mismo año, es decir, en 1878, recibió por conducto de aquella señora un pliego certificado, que segun Boet, contenía un artículo de un diario legitimista, donde se le injuriaba atrocemente, y pocos días despues otro pliego con un nuevo artículo. Boet conoció que al fin sus enemigos habian descubierto su estratagemá epistolar.

Pocos días despues, una mañana, bastante temprano, se presentaron en casa de la señora Gigola el juez y el fiscal de instruccion; hicieron levantar á la señora, que aún estaba acostada, y constituyéndose allí mismo en tribunal, la sometieron al siguiente interrogatorio:

—¿Conoce usted á un caballero español llamado don Carlos Gonzalez Boet?

—No, señor.

—¿Conoce usted á un tal señor Fuentes?

—Sí, señor.

—¿Cómo lo conoció usted?

—Lo conocí por un amigo que me lo presentó y desde entonces lo recibo en mi casa.

—¿Viene con frecuencia?

—Sí y no. Como recibe su correspondencia por mi conducto, á veces viene á preguntar si hay cartas para él.

—¿Cómo recibe usted esas cartas?

—Con doble sobre, uno destinado á A. Gigola, y otro interior al señor Fuentes.

—¿Abre usted las cartas del señor Fuentes?

—No, señor.

—¿Ha recibido usted recientemente dos certificados para el señor Fuentes?

—Sí, señor.

—¿Sabe usted si el sobre interior iba dirigido al conde de Bourgade?

—¡Al conde de Bourgade! No he oído nunca nombrar á este conde, ni he visto cartas con tal sobre.

—¿Abrió usted los certificados?

—No, señor.

—¡De suerte que ignora usted positivamente el nombre que llevaba el sobre interior!

—Sí, señor. Pero creo que sería Fuentes, porque así lo llevaban las demás.

—¿Tiene usted ahora alguna carta para el señor Fuentes?

—Ninguna.

Como se supondrá, aquella jóven no sabía lo que le pasaba, y temblaba de ver en su casa á aquellos dos magistrados, asustada del misterio que parecia comprender aquel interrogatorio. El juez y el fiscal se miraron, y dando aquel acto por terminado, se levantaron y citaron á la señora para aquel mismo dia en la Audiencia, y le ordenaron que les presentase cualquier carta que recibiese para el señor Fuentes.

Al mismo tiempo Boet recibía una citacion del juez apresurándose á presentarse aquel mismo dia. El juez lo recibió severamente, y le interrogó poco más ó ménos del siguiente modo:

—¿Conoce usted á la señorita Adela Gigola, profesora de piano de Milan?

—La conozco algo.

—¿Recibe usted por su conducto cartas con doble sobre, uno dirigido á ella y otro á usted, con el nombre de Fuentes?

—Sí, señor,

—¿Por qué motivo?

—Porque no sé dónde se me interceptaban muchas cartas para mí, y no me fiaba bastante de las administraciones de correos, aunque ignoro donde ocurría la interceptacion.

—¿Recibió usted hace pocos días dos certificados con el sobre interior para el conde de Bourgade?

—No, señor. Recibí dos certificados con el sobre interior para mí, bajo el nombre de señor Fuentes.

—¿De dónde venian esos certificados?

—El primero lo ignoro, por no haberme fijado

en ello; el segundo lo sé por haber puesto atencion, y venía de Tours.

—¿Qué contenian?

—Dos artículos del *Univers*, atacándome furiosamente.

—¿Dónde tiene usted esos dos certificados?

—Lo rompí todo, sin dar importancia á tales majaderías, por estar ya muy acostumbrado á ellas.

El juez quedó cortado, y entonces Boet le dijo si le sería lícito preguntar de qué dimanaba aquel extraño interrogatorio. Contestóle el juez que Retamero se había presentado declarando haber recibido de Milan una carta firmada por el conde de Bourgade proponiéndole ciertas cosas, y pidiéndole algunos documentos inéditos de Boet, que todavía guardaba, y que él se los envió y le contestó, dirigiendo el paquete á la Gigola con sobre interior para Bourgade, segun se le había encargado en aquella carta. Que despues recibió otra carta pidiéndole devolviese esta misma y la ya recibida, y que él obedeció, bien que reservándose un sobre, porque empezaba á desconfiar. Entonces se informó del hecho, y supo que era falso, y conociendo que había sido víctima de una tramoya de Boet, se apresuraba á denunciarlo.

El señor Boet se mostró impasible. Se hizo enseñar el sobre; negó que fuese suyo; declaró que todo esto era una comedia de sus enemigos para darle otro disgusto, y pidió un careo con Retamero, y que el conde de Bourgade fuese interrogado, y preguntado por el papel que desempeñaba en la causa. Quizá hubiera prescindido del interrogatorio de este, á no ser porque le habian aconsejado que lo mediase en la causa, para obligarle á asistir á los debates del Jurado. Como desde el hallazgo de los papeles secretos, alguien andaba buscando la ocasion de hacer contraer este compromiso á Bourgade, se aprovechó aquella, que no podía ser más natural y disimulada. Así el conde de Bourgade quedó, sin pensarlo, ni sospecharlo, envuelto en las redes de sus propios manejos.

Concedido el careo con Retamero, tuvo lugar una escena terrible entre este y Boet. Retamero parecia asustado, pero lleno de una resolucion artificial. Boet le acometía impetuosamente, pero sin perder la serenidad, y preguntándole con una astucia refina-

da. Retamero mostraba su temor, recelándose de las más inocentes preguntas que Boet le hacía. En un momento de efervescencia Boet le llamó *carne venduta*, y Retamero exasperado, gritó que lo de la Gigola era una intriga de Boet ó del conde de Bourgade, para perderlo. «¡Que se escriba esto! exclamó Boet. Buena idea tiene Retamero de la moralidad del agente de don Carlos, cuando lo cree capaz de tal cosa.»

—No le conozco, exclamó con angustia Retamero. Pero él ó usted lo han hecho.

—Ya lo averiguará la justicia, repuso Boet; y entre tanto cábeme el consuelo de esperar que recibirá usted la paga de la traicion que me ha hecho.

El juez cortó la escena, apresurándose á terminar el careo, pues á cada momento iba tomando un carácter más terrible.

El interrogatorio del conde de Bourgade sobre el incidente de la señora Gigola no produjo otra cosa importante que hacer declarar al conde que era el agente de don Carlos en la causa del Toison; que era cabalmente lo que convenia saber y establecer de un modo oficial para demostrar directamente toda la importancia de los papeles secretos. El conde de Bourgade, que á pesar de ser una cabeza de un ingenio muy comun, se tiene por un diplomático, con aquella declaracion acabó de sepultarse en el abismo.

Otro misterio hubo en el sumario, que no es ménos notable, aunque no fuese tan ruidoso. El señor Boet pidió repetidas veces un careo con don Carlos, y nunca los magistrados se lo concedieron. Esta negativa era tanto más extraña, cuanto que la ley exige el careo, cuando puede producir resultado aclaratorio, como sucedía en la causa del Toison. Había en ella dos acusados y dos acusadores; porque al paso que el pretendiente acusaba á Boet, este acusaba á aquel; y como de la doble acusacion resultaba un conflicto, procedía en gran manera el careo.

Añadiase la circunstancia de pedirlo el más acusado y único encausado, y no podía ya negarse sin faltar á toda equidad. El señor Boet insistió en la idea del careo varias veces, y siempre se lo rehusaron con uno ú otro pretexto; de modo que terminó el sumario sin un acto de tanta trascendencia.